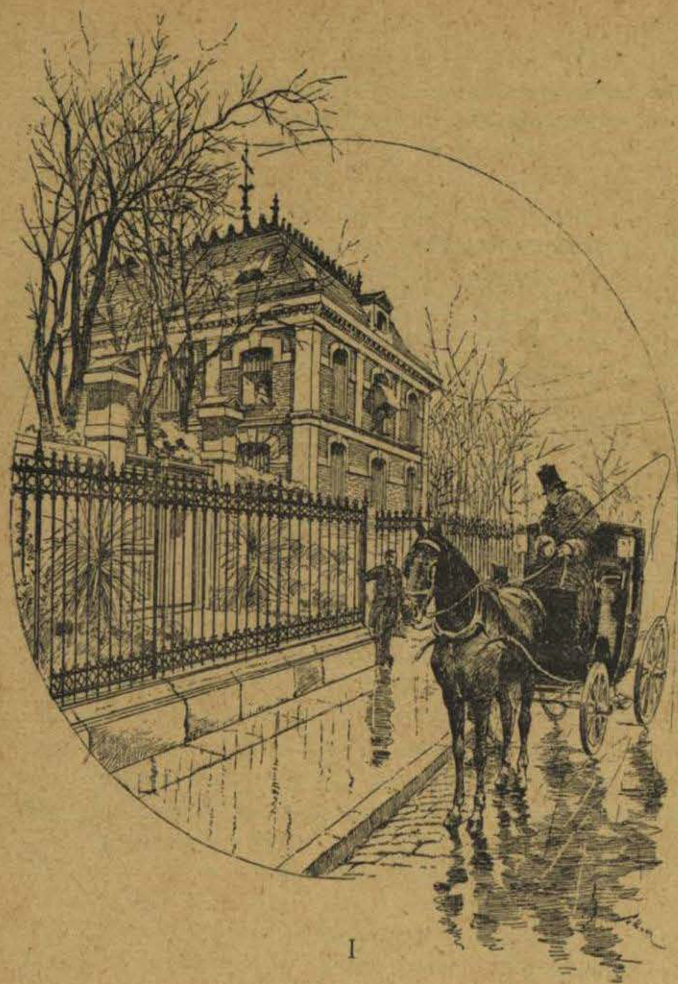


brian de ser bastante discutibles. La madre del Nabab, la familia Joyeuse, de Géry, son figuras que en ciertos momentos antes parecen pertenecer al mundo de personajes del ciclo romántico que al ciclo exclusivamente naturalista. Son poesías en acción cubiertas con el ropaje de la prosa.

¿Son mentira semejantes personajes? No. Afortunadamente, no todo en el mundo son nervios y carne y sangre y estiércol, como dan á sospechar ciertos naturalistas franceses. Afortunadamente, diga lo que quiera el estrabismo de escuela, quedan en el mundo creencias, ideas, sentimientos levantados y generosos; almas que no se arrastran por el lodo, sino que vuelan por los espacios del ideal. Y la verdad sea dicha, por más que pese á ciertas gentes; cuando no hubiese almas capaces de mantenerse en semejantes esferas, sería noble misión la de la literatura que se encargase de imaginarlas y de darles el vigor y la fuerza de la realidad. Sueño por sueño, soñemos el bien.

Si no las hubiese, de todos los escritores calificados de naturalistas tal vez Daudet sería el más capaz de imaginarlas. Daudet, para introducir las suyas en el cuadro de sus personajes, no ha tenido que inventarlas. Las ha poeizado, sí, y este es uno de los timbres de su gloria, uno de los motivos de su popularidad y uno de los hechizos de sus obras. Bien haya la que goza de semejante hechizo. Podrá no ser naturalista, pero será bella.

J. SARDÁ.



I

LOS ENFERMOS DEL DOCTOR JENKINS

DE pie en las gradas de su linda casita de la calle de Lisboa, acabado de afeitarse, tersa la mirada, risueño, satisfecho, tendidos por el ancho cuello de su gabán los luengos cabellos en que apunta la canicie, cuadrado de espaldas, sano y fuerte como un roble, el ilustre doctor irlandés Robert Jenkins, caballero del Medjidjie y de la real y distinguida orden de Carlos III de España, miembro de una porción de sociedades sabias ó de beneficencia,

presidente-fundador de la obra de Bethleem, Jenkins en suma, el Jenkins de las perlas *Jenkins* con base arsenical, es decir, el médico de moda del año 1854, el hombre más atareado de París, se disponía á subir á su carruaje una mañana de los últimos días de noviembre, cuando se abrió una de las ventanas que en el piso principal daban al patio de la casa, y una voz de mujer preguntó tímidamente:

—¿Almorzaréis en casa, Robert?

¡Ah! ¡cómo se animó de repente con una sonrisa dulce, de leal cariño, aquella acabada frente de apóstol y de sabio, y qué bien se adivinaba en el tierno saludo que sus ojos mandaron hacia arriba al blanco peinador que divisaba detrás de los entreabiertos cortinajes una de esas pasiones conyugales firmes y tranquilas que el hábito estrecha con toda la solidez de sus vínculos!

—No, señora Jenkins...

El doctor se complacía en darle públicamente el título de legítima esposa, cual si encontrase en ello una satisfacción íntima, algo como un descargo de conciencia para con la mujer que le hacía tan placentera la vida...

—No me aguardéis. Almuerzo en la plaza Vendôme.

—¡Ah, ya!... el Nabab, contestó la bella señora Jenkins en marcado tono de respeto hacia aquel personaje de las *Mil y una noches*, que era, desde hacía un mes, obligado tema de conversación en París; y luego, tras un momento de vacilación, en voz muy queda y con acento de ternura, de manera que sólo lo oyese el doctor, advirtió:

—Sobre todo no olvidéis lo que me habéis prometido.

Algo debía de ser muy difícil de cumplir, porque al recuerdo de semejante promesa frunció el ceño el buen apóstol, paralizóse su sonrisa, y contrajo su rostro un mohín de increíble dureza; pero fué obra de un segundo. Los médicos en boga aprenden á disimular á la cabecera de sus opulentos clientes. En el tono más cariñoso y cordial, contestó mostrando una doble hilera de dientes blanquísimos:

—Cumpliré lo prometido, señora Jenkins, y ahora cerrad la ventana y retiraos; la bruma es muy fresca.

En efecto, era fresca la bruma, pero blanca como vapor de nieve, y corrida detrás de los cristales del cupé ani-

maba con suaves reflejos el periódico desplegado en las manos del doctor. Allá abajo, en los barrios populosos, apretados y negros, en el París comerciante y trabajador, no se conoce esa gentil neblina matutina que se empepeza por las grandes avenidas. La actividad del despertamiento, el vaivén de los carros del mercado, de los ómnibus, de los pesados camiones de herraje traqueteante la dejan más que de prisa rajada, deshilachada, desgarrada. Todo el que pasa se lleva su jirón correspondiente en un gabán raído, un tapabocas que descubre la hilaza, unos guantes burdos que no cesan de restregarse. Empapa las blusas ateridas, los waterproofs echados encima de las chupas de trabajar; fúndese en las bocanadas calientes de insomnio ó de alcohol; se cuele hacia el fondo de los estómagos vacíos; se dilata por las tiendas al abrirse, por los patios oscuros, á lo largo de las escaleras recalando paredes y balaustres, hasta por las buhardillas sin lumbré. De ahí que por la calle quede tan poca. Mas en esa porción de París espaciada y grandiosa donde moraba la clientela de Jenkins; por esos bulevares anchurosos plantados de árboles; por esos muelles desiertos, cerníase la bruma sin mancilla, en pabellones innúmeros con vedijosidades y fluctuaciones como de algodón en rama. El conjunto era discreto, abrigado, lujoso casi, porque el sol, desperezándose poco á poco, comenzaba á difundir los suaves arreboles de su tardío albor por entre los pliegues de la bruma, la cual, arrebuando desde la base hasta la cúspide los palacios en fila, semejava blanco tul sobre estofas de grana. Era á modo de holgado cortinaje que guareciese el tardío y ligero sueño de la fortuna, cortinaje tupido á cuyo través se oían tan solamente el discreto rechinar de tal cual puerta cochera, los cazos de hoja de lata de los lecheros, el campanilleo de las burras que cruzaban al trote largo seguidas del resuello breve y jadeante del burrero, y el apagado zumbir del cupé de Jenkins que comenzaba su cotidiana excursión.

Su primera parada era el palacio de Mora. Alzábase este magnífico edificio en el muelle de Orsay, junto al de la Embajada española, cuyas largas terrazas se extendían á continuación de las suyas, con su entrada principal

en la calle de Lille y una puerta trasera orilla del agua. El cupé se escurrió como saeta por entre dos altos muros revestidos de hiedra, unidos entre sí por imponentes arcos de bóveda, anunciado por dos golpes de un timbre vibrante que sacaron á Jenkins del éxtasis en que parecía haberle sumido la lectura de su periódico. Cesó el ruido seco, amortiguado por la arena de espaciosa plazoleta, y describiendo una elegante curva fué el coche á parar al pie de la escalinata del p alacio, cobijada por la rotonda de una ancha marquesina.   través de la bruma divis abanse hasta una docena de carruajes en fila, y   lo largo de un paseo de acacias, que la estación ponía secas y descostreadas, las siluetas de palafreneros ingleses llevando del cabestro los caballos de montar del duque. En todo se veía un lujo ordenado, metódico, grandioso y severo.

«Por mucho que madrugue, nunca falta quien madruga más que yo,» dijo para sí Jenkins al notar la fila de carruajes en que se ponía el suyo; pero, seguro de no tener que guardar turno, alta la frente, con aire de tranquila autoridad, transpuso aquellos peldaños oficiales que tantas ambiciones febriles, tantas inquietudes de inseguro andar, franqueaban cada día.

Desde la antesala, elevada y sonora como un templo, y que la leña de dos grandes chimeneas,   pesar de los caloríferos encendidos día y noche, saturaba de radiante vida, sentiase llegar   tibias y blandas bocanadas el lujo de aquella mansión. Calor intenso en la claridad; ensambladuras blancas, mármoles blancos, ventanas espaciosas, nada de ahogo ni de opresión, y con todo ello un ambiente igual,   propósito para envolver alguna existencia rara, refinada y nerviosa. Jenkins sentía dilat rsele el pecho   los rayos ficticios de aquella opulencia; saludaba con un «buenos días, hijos m os,» al suizo empolvado, de anchotah l de oro;   los lacayos de calz on corto, librea oro y azul, que se ponían en pie   su paso con acatamiento; tocaba de refil on con la punta de los dedos la gran jaula de los monos, y se lanzaba silbando   la escalera de mármol claro cubierta por una alfombra tupida como capa de césped, que llevaba   las habitaciones del duque. Seis meses hacía que frecuentaba el palacio de Mora, y todavía

el buen doctor experimentaba, lo mismo que el día primero, la sensación física de bienestar y de goce que le produjera el ambiente de aquella morada.

Por más de que lo fuese del primer funcionario del Imperio, no había cosa alguna que recordase la administración con sus carpetas de polvorientos legajos. El duque no había consentido en aceptar sus elevadas funciones de ministro de Estado y presidente del Consejo, sino con la condición de no abandonar su vivienda; no iba al Ministerio más de una   dos horas al día para la firma, y la audiencia la daba en su dormitorio. En aquel momento,   pesar de lo intempestivo de la hora, el salón estaba lleno. Ve anse all  caras graves, ansiosas; prefectos de provincia con labio rapado y patilla administrativa, algo menos ensoberbecidos que all  en sus prefecturas; magistrados de aspecto austero y gesto sobrio; diputados ech ndosela de importantes; mu idores de la banca; industriales de alto bordo y maneras aplebeyadas, y por entre esas figuras de primera magnitud tal cual desmedrado sustituto   consejero de prefectura rebosando ambición, en traje de pretendiente, frac y corbata blanca; y todos, en pie   sentados, acá formando grupo, acullá solos, agujereaban calladamente con la vista aquella alta puerta que encerraba sus destinos, y por la cual habían de salir muy luego engreidos   cabizbajos. Jenkins pas  rápidamente por entre la multitud, que envidiosa miraba   aquel recién llegado   quien el ujier de servicio, sentado   una mesa junto   la puerta, acogía con afabilidad respetuosa.

— Qui n hay dentro?, pregunt  el doctor señalando el cuarto del duque.

En voz muy queda y haciendo un gui o ligeramente irónico, el ujier balbuce  un nombre que, de haberlo oído, hubiera indignado   todos aquellos encopetados personajes que aguardaban que terminara su visita el sastre de la  pera.

Ruido de voces, un chorro de luz... Jenkins entró en el dormitorio del duque; para él no había antesala.

En pie, de espaldas   la chimenea, envuelto en una bata de felpa azul cuyos suaves reflejos dulcificaban la energía y la altivez de su semblante, el presidente del Conse-

jo hacía dibujar bajo su propia dirección un disfraz de *Pierre* que la duquesa había de vestir en su próximo sarao, y daba sus indicaciones con la misma gravedad con que hubiera dictado un proyecto de ley.

—La gorguera muy rizada, la bocamanga lisa... Buenos días, Jenkins... Voy al momento.

Jenkins saludó y dió algunos pasos por aquella inmensa pieza, cuyos ventanales, que daban á un jardín prolongado hasta el Sena, servían de marco á uno de los panoramas más bonitos de París, los puentes, las Tullerías, el Louvre, que asomaban por entre un enmarañamiento de árboles negros como trazados con tinta china en el movidizo fondo de la bruma. Una espaciosa cama muy baja, circuida de gradería; dos ó tres pequeños biombos de laca con vagos y caprichosos dorados, denotando, así como las dobles puertas y las mullidas alfombras, un exagerado temor al frío; una porción de asientos, butacas, balancines, repartidos acá y acullá con cierto desorden, todos bajos, redondeados, de formas indolentes ó voluptuosas, constituían el ajuar de aquel célebre dormitorio, donde con idéntica seriedad de entonación se ventilaban los asuntos más arduos y los más fútiles. En la pared un hermoso retrato de la duquesa; en la chimenea un busto del duque, obra de Felicia Ruys, que en la última Exposición había obtenido medalla de primera clase.

—Y bien, Jenkins, ¿qué tal va esta mañana?, preguntó Su Excelencia acercándose, mientras el dibujante recogía sus figurines desparramados por los sillones.

—¿Y vos, querido duque? Ayer noche en Variedades os encontré algo pálido.

—¡Cómo pálido! en mi vida he estado tan bien como ahora... Vuestras perlas me hacen un efecto de mil diablos... Me siento tan ágil, tan remozado... Cuando pienso que seis meses atrás era hombre al agua...

Jenkins, sin abrir boca, había apoyado su gruesa cabeza en la bata del ministro de Estado, en el sitio donde tienen el corazón todos los mortales. Auscultó breve rato, mientras el ministro seguía hablando en aquel tono perezoso, displicente, que era uno de sus rasgos característicos:

—Doctor, ¿quién era aquel que estaba con vos ayer no-

che, aquel morazo bronceado que se reía tan estrepitosamente en la delantera de vuestro proscenio?

—Era el Nabab, señor duque... Ese famoso Jansoulet, de quien tanto se habla estos días.

—Es raro que no se me ocurriese. Toda la sala le tenía los ojos encima. Las actrices no trabajaban más que para él... ¿Le conocéis, doctor? ¿Qué tal hombre es?

—Sí, le conozco... Es decir, le visito... Gracias, querido duque; estoy satisfecho. Eso marcha... Á poco de llegado á París, hará cosa de un mes, sintió el cambio de aires. Mandóme á buscar, y desde entonces nos hemos hecho muy amigos... Lo único que sé de él es que tiene una fortuna colosal ganada en Túnez sirviendo al Bey, un corazón recto, un alma generosa cuyas ideas humanitarias...

—¿En Túnez?... interrumpió el duque, de suyo poco sentimental y humanitario... Y entonces, ¿á qué viene ese nombre de Nabab?

—¡Bah! los parisienses no se paran en barras... Para ellos, venga de donde viniere, un extranjero rico es un Nabab... Además, ese tiene toda la facha del empleo: tez colorada, ojos de brasa ardiente, y, por añadidura, una fortuna colosal de la cual, justo es decirlo, hace el uso más noble y más inteligente. Gracias á él—y aquí el doctor tomó una actitud modesta,—gracias á él he podido constituir finalmente la obra de Bethlehem para la lactancia de los niños, que un periódico de esta mañana, *El Mensajero* si no me equivoco, que estaba leyendo hace un momento, apellida «la gran idea filantrópica del siglo.»

El duque dirigió una mirada distraída al periódico que le tendía Jenkins. No era él hombre que se dejase seducir por frases de relumbrón.

—Por fuerza ha de ser muy rico ese M. Jansoulet, reputo fríamente. Es comanditario del teatro de Cardailhac, paga las deudas de Monpavón, Bois-l'Héry le monta las caballerizas, el viejo Schwalbach una galería de pinturas... Todo esto quiere decir dinero.

Jenkins se echó á reír.

—¿Qué hacerle, querido duque? Sois la pesadilla de ese pobre Nabab. Al llegar aquí con el propósito decidido de hacerse parisiense, hombre de mundo, os ha tomado por

modelo en todo, y no he de disimularos que su gusto sería estudiar su modelo más de cerca.

—Ya sé, ya sé... Monpavón me ha pedido que me lo deje presentar... pero no es hora todavía; veremos... Con esas grandes fortunas que vienen de tan lejos, hay que irse con cuidado... No es que yo pretenda... Si le encontrase en sitio que no fuese aquí, en el teatro, en un salón...

—Precisamente mi señora piensa dar una pequeña fiesta el mes que viene. Si os dignaseis honrarnos...

—Con mucho gusto, doctor; y si vuestro Nabab está allí, no tendré inconveniente en que me sea presentado.

En aquel momento el ujier entreabrió la puerta.

—El Sr. Ministro del Interior está en el gabinete azul... Desea decir una sola palabra á V. E... El señor prefecto de policía continúa aguardando abajo, en la galería.

—Está bien, contestó el duque, voy al momento... Pero quisiera acabar con ese diablo de disfraz... Á ver, señor artista, ¿en qué quedamos sobre estos rizados? Hasta la vista, doctor... ¿Nada más que seguir con las perlas?

—Seguir con las perlas, dijo Jenkins haciendo un saludo, y partió orondo con la doble ganga que acababa de lograr de un solo tiro: el honor de recibir al duque, y el placer de hacer un favor á su querido Nabab. En la antecámara, la turba de pretendientes que encontró al paso era todavía mayor que al entrar; á los pacientes de primera hora se habían agregado otros llegados con posterioridad; otros subían las escaleras apresuradamente y demudado el color, y en el patio seguían llegando carruaje tras carruaje y alineándose en doble fila circular, con gravedad, con solemnidad, á tiempo que con no menor solemnidad y con no menor gravedad se discutía arriba el problema de los rizados de las bocamangas.

—Al casino, dijo Jenkins á su cochero.

El cupé rodó á lo largo de los muelles, repasó los puentes, llegó á la plaza de la Concordia, que presentaba ya un aspecto muy diverso del de antes. La bruma se replegaba hacia el *Garde-Meuble* y el templo griego de la Magdalena, dejando adivinar acá y acullá el blanco penacho de un surtidor, la arcada de un palacio, el remate de una esta-

tua, los grupos de plantas de las Tullerías que se agrupaban casi heladas junto á las verjas. El velo, no descorrido aún, pero desgarrado á trechos, daba paso á fragmentos de horizonte, y por la avenida que lleva al Arco de Triunfo veíanse desfilar al trote largo breaks atestados de cocheros y de chalanes, dragones de la emperatriz, largas hileras de guías de á caballo cubiertos de colorines y de pieles, alejándose de dos en dos con retintín de bocados, de espuelas, con el relinchar de los caballos descansados, todo á la luz de un sol aún no visible, surgiendo de la bruma, hundiéndose otra vez por masas en su seno, como fugaz visión del lujo matutino de aquella barriada.

Jenkins se apeó en la esquina de la calle Real. De arriba á abajo de la gran casa de juego los criados circulaban sacudiendo las alfombras, oreando los salones por los cuales flotaba todavía el vaho de los cigarrillos, y en el fondo de cuyas chimeneas deshacíanse en polvillo los montones de fina ceniza abrasada por completo, mientras encima de los tapetes verdes, estremecidos todavía por las partidas de la noche anterior, ardían algunos candeleros de plata cuya llama ascendía por entre la incolora luz del día. El ruido, el vaivén cesaba al llegar al piso tercero, en el cual habitaban algunos socios del casino. Uno de ellos era el marqués de Monpavón, á quien iba Jenkins á visitar.

—Cómo, ¿sois vos, doctor?... ¡Lléveos el diablo!... ¿Qué hora es?... No recibo.

—¿Ni al médico?

—Ni á nadie... Cuestión de buen tono, querido... ¡Pero, bah! no le hace, adelante. Os calentaréis los pies un minuto, interin Francis da la última mano á mi tocado.

Jenkins penetró en el dormitorio, adocenado como todos los cuartos de alquiler, y se acercó á la lumbre, en la cual estaban puestos á calentar una porción de hierros de rizar de todas dimensiones, mientras en el laboratorio vecino, separado de la alcoba por una mampara argelina, el marqués de Monpavón se abandonaba á las manipulaciones de su ayuda de cámara. De aquel estrecho recinto se exhalaba un fuerte olor á patchulf, á cold-cream, á cuerno y á pelo chamuscado; y de vez en cuando, al salir Francis á cambiar el hierro, Jenkins entreveía un inmen-

so tocador atestado de un sin fin de diminutos enseres de marfil, de nácar y de acero, limas, tijeras, brochas y cepillos, con otros tantos frascos, botes, cosméticos, rotulados, ordenados, alineados, y torpe y ya temblona, una mano de anciano, afilada y huesosa, con uñas mimadas como las de un pintor japonés, que vacilaba por entre aquellos chirimbolos y aquellas porcelanas de muñeca.

Mientras se componía el rostro, operación la más larga y la más trabajosa de todas las de la mañana, Monpavón departía con el doctor, explicándole sus incomodidades y el buen efecto de las perlas, las cuales, según decía, le devolvían la juventud. Y así, de lejos, no viéndole, parecía que se oyese al duque de Mora: á tal punto había conseguido asimilarse su manera de hablar. Las mismas frases á medias, rematadas en «ps... ps... ps...», dichas entre dientes; su mismo caló que á cada punto metía baza en sus razonamientos; una especie de tartajeo trabajoso é indolente, á cuyo través se traslucía un gran menosprecio del arte vulgar de la palabra. En la camarilla del duque todo el mundo se afanaba por imitar ese acento, esas entonaciones desdeñosas que querían afectar sencillez.

Jenkins, encontrando la sesión algo larga, se levantó.

—Adiós, me voy..., dijo. ¿Iréis á casa del Nabab?

—Sí, pienso almorzar allí; tengo que llevarle el fulano, ¿estáis?... Ya sabéis, nuestro negocio... ps... ps... ps.. Si no, no me vería los pies... una casa de fieras.

El irlandés, á pesar de su benevolencia, convino en que la tertulia de su amigo era algo abigarrada. Pero ¿qué hacerle? la culpa no era toda de él. Era un infeliz que llegaba á donde sabía.

—Ni sabe ni quiere, repuso Monpavón con acritud. En vez de fiar en personas experimentadas... ps... ps... ps... le engatusa el primer buscavidas que tiene á mano. ¿Pues no habéis visto qué caballos le ha endosado Bois-l'Héry? Jamelgo puro. Veinte mil francos le cuestan. Apuesto á que Bois-l'Héry se ha calzado catorce mil.

—¡Cómo!... ¡todo un noble como él! exclamó Jenkins con la indignación de quien se resiste á creer en el mal.

Monpavón prosiguió, como si no hubiese oído la exclamación de Jenkins:

—Y todo porque los caballos procedían de las caballerizas de Mora.

—Cierto que el duque trae mareado á ese buen Nabab. Así, ¡no será alegrón el que va á tener cuando le diga...

El doctor se detuvo, no sabiendo cómo continuar.

—¿Cuando le digáis qué, Jenkins?

Aunque con cierta vacilación, Jenkins hubo de confesar que había obtenido de Su Excelencia el permiso de presentarle su amigo Jansoulet. Apenas terminó su frase, cuando saltó del gabinete al salón un largo espectro, de rostro desmalazado, patillas y cabellos multicolores, arrebujando con entrambas manos, sobre un cuello descarnado pero tieso, un peinador de seda clara con motitas violáceas, en que se envolvía como un dulce en su papelillo. Lo más prominente de aquella fisonomía tragicómica era una superlativa nariz envarada, pringada de cold-cream, y una mirada vivaz, aguda, hartojoven, harto limpia para los párpados lacios y rugosos que la cobijaban. Todos los enfermos de Jenkins tenían aquella especie de mirada.

Fuerte debía de ser el golpe para Monpavón cuando de aquella suerte se presentaba, desnudo de todo respeto. Y efectivamente, con voz alterada, lívidos los labios, se encaró con el doctor, sin ceceos y de un tirón.

—¿Conque esas tenemos, querido? Basta de farsas, y mucho ojo... Nos hemos encontrado ambos con el mismo hueso que roer; quedaos enhorabuena con vuestra parte, que yo no he de permitir que hinquéis el diente en la mía.

Y ni el aspecto asombrado de Jenkins le detuvo.

—Tenedlo presente de una vez para todas. He prometido al Nabab que le presentaría al duque, como os presenté á vos. Por lo tanto no os metáis en lo que no os importa.

Jenkins, con la mano sobre el corazón, protestó de su inocencia. Su intención no había sido... Al fin y al cabo, Monpavón era demasiado amigo del duque para que otro... ¿Cómo había podido suponer?...

—Yo no supongo nada, repuso el viejo prócer más sosegada, pero no menos friamente. He querido tan sólo tener con vos sobre este punto una explicación categórica.

El irlandés le tendió su ancha mano abierta.

—Mi querido marqués, las explicaciones son siempre

categorías entre personas de honor y de educación.

—¡Honor!... Es demasiada palabra para el caso, Jenkins. Digamos de buen tono... Con esta basta.

Y este buen tono que invocaba como suprema norma de conducta le trajo de pronto á la cómica realidad de su situación, por lo cual el marqués alargó un dedo al significativo apretón de mano del buen doctor y se retiró con dignidad á sus tiendas, mientras el otro se marchaba á proseguir su ruta de la mañana.

¡Magnífica clientela la de ese Jenkins! Palacios de alto bordo, escaleras con caloríferos atestadas de flores en cada meseta, alcobas acolchadas y sedosas donde la enfermedad aparecía discreta, elegante, donde nada recordaba esa mano brutal que postra en un lecho de miseria á los que no paran de trabajar sino para morir. Bien considerado, no cabía llamar enfermos á esos clientes del doctor irlandés. Ninguno de ellos hubiera sido admitido en un hospital. Sin fuerza ya sus órganos para la más leve sacudida, su mal no residía en parte alguna, y en vano el médico, pegado á sus pechos, se hubiera esforzado en buscar la palpitación de un sufrimiento en aquellos cuerpos donde la inercia y el silencio de la muerte tenían su asiento. Eran enclenques, extenuados, anémicos, devorados por una vida absurda, pero que era á su vez tan buena que se encarnizaban en prolongarla. Las perlas Jenkins debían cabalmente su reputación á que eran á modo de latigazo aplicado á esas existencias febriles.

—Doctor, os lo pido por amor de Dios, que esta noche pueda ir al baile, decía la joven arrellanada en su canapé, y en voz que no era más que un eco.

—Iréis, iréis, querida señora.

E iba al baile, y nunca había estado tan hermosa.

—Doctor, aunque me cueste la vida, es preciso que mañana por la mañana asista al consejo de ministros.

Y, con efecto asistía al consejo, y alcanzaba un triunfo de elocuencia y de diplomacia ambiciosa. Luego... ¡oh! luego sucedía lo que sucedía... Pero, ¿qué importa? Hasta el postrer momento los clientes de Jenkins circulaban, se exhibían, saciaban el egoísmo devorador de la multi-

tud. Morían en pie, impávidos, como gente de mundo.

Tras un sin fin de vueltas por la Chaussée-d'Antin, por los Campos Elíseos; después de haber visitado cuanto había de millonario ó de blasonado en el barrio de Saint-Honoré, el médico del día llegó al ángulo que forman el Cours la-Reine y la calle de Francisco I, frente á un chaflán convexo que hacía esquina al muelle, y penetró en una habitación situada en la planta baja, que en nada se parecía á las que hasta entonces había visto. Desde su ingreso, los tapices que cubrían las paredes; las vetustas vidrieras que con sus tiras de plomo rasgaban una luz difusa; un santo colosal esculpido en madera frente á un monstruo japonés de ojos saltones y espalda cubierta de escamas delicadamente superpuestas, demostraban el gusto fantástico y curioso de un artista. El criado que abrió la puerta sujetaba un gallo árabe más alto que él.

—Madama Constanza está en misa, dijo, y la señorita en el taller, sola... Desde las seis de la mañana estamos trabajando; añadió el muchacho dando un bostezo que el perro cogió al vuelo, y que le hizo abrir cuan grande era su rosada boca erizada de agudos dientes.

Jenkins, á quien hemos visto entrar con tanta tranquilidad en el cuarto del ministro de Estado, temblaba ligeramente al levantar la tapicería que ocultaba la puerta abierta del taller. Era éste un soberbio taller de escultura, uno de cuyos lados, siguiendo la curvatura del frontis exterior, arqueábase á su vez en galería de cristales bordada de pilastras, ancho vano luminoso que la bruma opalizaba en aquel momento. Mejor decorada de lo que suelen estarlo por lo común las piezas de trabajo de aquella especie, que con las manchas del yeso, los palillos, los montones de barro, los aguazales, parecen depósitos de albañilería, añadía aquélla á su destino artístico cierta coquetería y refinamiento. Plantas verdes por todos los ángulos; algunas pinturas de mérito colgadas de la pared desnuda; acá y acullá—puestas en repisas de roble—dos ó tres obras de Sebastián Ruys, entre ellas la última, que no se expuso hasta después de su muerte, y que aparecía cubierta por una gasa negra.

La dueña de la casa, Felicia Ruys, la hija del célebre es-

cultor, conocida ya á su vez por dos obras maestras, el busto de su padre y el del duque de Mora, estaba en el centro del taller ocupada en modelar una figura. Ceñida por una amazona de tela azul que caía en tirados pliegues; arrollado al cuello, como corbatín de hombre, un pañuelo chinesco; con sus cabellos negros y finos agrupados sin arte por el molde antiguo de su diminuta cabeza, Felicia trabajaba con extremado ardor, que añadía á su belleza la condensación, el fruncimiento de todos los rasgos de una expresión embebecida y satisfecha. Á la llegada del doctor, su semblante cambió como por ensalmo.

—¡Ah! sois vos, dijo bruscamente como si despertase de un sueño... ¿Habéis llamado?... No había oído nada.

Y en el hastío, en la laxitud que de súbito inundaron aquel rostro, no quedó nada de expresivo, fuera de los ojos, en los cuales el brillo ficticio de las perlas Jenkins se avivaba con cierta salvajez de temperamento.

¡Oh! cuánta humildad, cuánta condescendencia hubo en la voz del doctor al responderle:

—¿Tanto os absorbe vuestro trabajo, querida Felicia?... ¿Estáis haciendo algo nuevo?... ¡Qué bonito es!

Acercóse al boceto, informe aún, donde empezaba á apuntar un grupo de dos animales, uno de ellos un galgo á la carrera de una composición maravillosa.

—Esta noche se me ha ocurrido... Me he puesto á trabajar con luz artificial... El pobre Kadour es el que pasa un mal rato; dijo la joven dirigiendo una mirada de bondad acariciadora al galgo, cuyas patas se esforzaba en separar el criadillo á fin de colocarle otra vez en actitud.

Jenkins insinuó en tono paternal que no había hecho bien en fatigarse de aquel modo, y, cogiéndole la muñeca con precauciones escolásticas,

—Á ver, dijo; estoy seguro de que tenéis fiebre.

Al contacto de aquella mano con la suya, Felicia hizo un movimiento casi repulsivo.

—Dejadlo, dejadlo... vuestras perlas no me hacen nada. Cuando no trabajo me aburro; me aburro soberanamente, hasta morir; mis ideas son del color de esa agua que discurre por ahí enturbiada y viscosa... ¡Comenzar la vida y estar cansada ya de la vida! ¡Es divertido á fe!... Hasta

de tengo envidia á mi pobre Constanza, que se pasa los días sentada en su sillón, sin despegar los labios, pero sonriendo para sí al recuerdo de un pasado que revive en su memoria... Yo ni esto tengo, ni recuerdos agradables... No me queda sino trabajar... trabajar...

Mientras hablaba seguía modelando con rabia, ora con los palillos, ora con los dedos, los cuales enjugaba de vez en cuando en una esponjilla puesta en el zócalo de madera que sostenía el grupo; de tal suerte que sus quejas, sus tristezas, incomprensibles en una boca de veinte años que tenía; su reposo, la pureza de su sonrisa griega, parecían como proferidas al azar y sin ir dirigidas á nadie. Jenkins, sin embargo, parecía inquieto, turbado de oirlas, á pesar de la atención evidente que ponía en la obra de la artista, ó mejor en la artista misma, en la triunfante gracia de aquella niña cuya belleza parecía haberla predestinado al estudio de las artes plásticas.

Molestada por la admiración de que se sentía objeto, Felicia añadió:

—Y ahora que recuerdo: por fin he visto á vuestro Nabab... El viernes último me le enseñaron en la Ópera.

—¿Estabais en la Ópera el viernes?

—Sí, el duque me mandó su palco.

Jenkins mudó de color.

—Pude conseguir que Constanza me acompañase. Era la primera vez desde hace veinticinco años, cuando su función de despedida, que entraba en la Ópera. Le hizo su efecto. Durante el baile sobre todo, estuvo agitada, radiante; sus antiguos triunfos chispeaban todos en sus ojos. ¡Qué fortuna la de sentir emociones como esas!... Y ese Nabab es todo un tipo. Será preciso que me le traigáis. Es una cabeza que me gustaría mucho hacer.

—¡Pero si es horrible!... No le habréis mirado bien.

—Al contrario, perfectamente... Estaba frente á nosotras... Aquella máscara de etíope blanco, sería magnífica en mármol. Á lo menos no tiene nada de vulgar... Por lo demás, ya que es tan feo como decís, no estaréis tan mohino como el año pasado mientras hacía el busto de Mora... ¡Qué mala cara hacíais, Jenkins, en aquella época!

—Ni por diez años más de vida, murmuró Jenkins con



voz sombría, quisiera volver á aquellos momentos... En cambio á vos os divierte el ver sufrir.

—Ya sabéis de sobra que á mí nada me divierte; dijo ella encogiéndose de hombros con suprema indiferencia.

Luego, sin mirarle, sumióse en una de esas actividades taciturnas por medio de las cuales los verdaderos artistas se sustraen á sí mismos y á cuanto les rodea.

Jenkins dió algunos pasos por el taller, sumamente agitado, con los labios rebotando declaraciones que no se atrevían á salir, comenzó dos ó tres frases que quedaron sin contestación; por fin, comprendiendo que era despedido, cogió el sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—Así, pues, quedamos en que es preciso os le traiga.

—¿A quién?

—Pues al Nabab... Vos misma, hacè un momento...

—¡Ah! sí, contestó la singular mujer, cuyos caprichos no solían ser duraderos; traedle si os place; no tengo gran empeño.

Y su hermosa voz apagada, en la cual parecía como que hubiese algo roto; el abandono de todo su sér, decían bien á las claras que era cierto, que no ponía empeño en nada.

Jenkins salió de allí sumamente turbado y con la frente contraída. Pero no bien estuvo fuera cuando recobró su fisonomía risueña y cordial, como que era de aquellos que van siempre con careta por las calles. La mañana estaba ya adelantada. La bruma, visible aún en las cercanías del Sena, flotaba ya sólo en jirones y daba un vaporoso aspecto á las casas del muelle, á los vaporcitos, cuyas ruedas permanecían ocultas, al horizonte lejano en el cual se cernía, como globo dorado cuya red despidiese rayos de luz, la cúpula de los Inválidos. La dulzura del ambiente y la animación de las calles denotaban que se acercaba la hora del mediodía, que pronto la anunciarían con su badajo las campanas todas.

Antes de ir á casa del Nabab, Jenkins tenía que hacer aún otra visita. Mas esta visita parecía sentarle bastante mal. Pero lo había prometido, y no había más remedio que cumplirlo. Y con voz resuelta dijo al cochero:

—Sesenta y ocho, San Fernando, en los Ternos, y subió de un brinco á su carruaje.

El cochero Joë, escandalizado, se hizo repetir dos veces la dirección; hasta el caballo pareció vacilar un momento, como si el animal de lujo y la suntuosa librea se rebelasen á la idea de un viaje á barrio tan apartado, fuera del círculo reducido pero brillante en el cual se agrupaba la clientela de su dueño. Así y todo, sin tropiezo alguno, se llegó al cabo de una calle de las afueras, todavía por terminar, y á la última de sus casas, un inmueble de cinco pisos que la calle parecía haber mandado á la descubierta á fin de enterarse de si podía avanzar por aquel lado; así estaba de aislado y solo entre solares en expectativa de próximas edificaciones ó llenos de escombros, con piedras talladas, persianas desvencijadas abiertas en el vacío, marcos apollillados cuyos goznes colgaban á medio caer, osario inmenso de toda una barriada derruida.

Una porción de tablillas de anuncios se columpiaban encima de la puerta, exornada de un gran cuadro de fotografías blanco del polvo, junto al cual se detuvo Jenkins. ¿Había tal vez venido tan lejos el ilustre médico para mandarse hacer retratos tarjetas? Así parecía, según estaba atento frente á aquel escaparate cuyas quince ó veinte fotografías representaban una familia sola en posiciones y actitudes diversas: un caballero entrado en años, con la barba añanzada en un alto corbatín blanco, con una burjaca de cuero debajo del brazo, rodeado de un enjambre de muchachas, unas con moño, con trenzas otras, vistiendo todas traje negro adornado modestamente. Aquí figuraba el anciano caballero con sólo dos de las muchachas; allá se dibujaba solitaria una de esas jóvenes y lindas siluetas, apoyado el codo en una columna truncada, inclinada sobre un libro la cabeza en actitud de natural abandono. Pero en definitiva, era siempre el mismo tema con variaciones diversas, y no había en el escaparate más caballero que el del blanco corbatín, ni más rostros femeninos que los de sus numerosas hijas.

«El taller en el quinto piso» decía un renglón que corría por la parte superior del cuadro. Jenkins suspiró, midió con la vista la distancia que separaba el piso de la calle del balconcito de allá arriba, junto al cielo; luego se decidió á entrar. Por la escalera se cruzó con un corbatín

blanco y una majestuosa burjaca de cuero; sería sin duda el caballero anciano del aparador. Interrogado, contestó que efectivamente M. Maranne vivía en el quinto piso. «Pero, añadió con sonrisa atractiva, los pisos no están muy altos.» Mediante esta promesa, el irlandés emprendió la ascensión por una escalerilla estrecha y recién estrenada, con mesetas no mayores que los escalones, una puerta por piso, y ventanas abiertas por las cuales se veía un patio de miserable aspecto y otras cajas de escalera aún por llenar; una de estas horribles viviendas de nuestros tiempos, edificadas á docenas por contratistas sin una peseta, y cuyo peor inconveniente consiste en sus delgados tabiques, que establecen entre todos sus moradores una especie de comunidad de falansterio. En aquel momento las incomodidades eran todavía pequeñas, gracias á que no estaban habitados más que los pisos cuarto y quinto, cual si los inquilinos hubiesen llovido del cielo.

En el cuarto, detrás de una puerta cuya plancha de latón anunciaba á «*M. Joyeuse, perito mercantil*» el doctor oyó un ruido de frescas carcajadas, de cháchara juvenil, de pasos atolondrados que le acompañaron hasta el piso superior, hasta el establecimiento de fotografía.

Una de las sorpresas de París consiste en esas pequeñas industrias que hacen nido en todos los rincones, y que parece que viven incomunicadas con el exterior. Lo primero que uno se pregunta es de qué viven las familias que se instalan en aquellos chiribitiles, cuál es la providencia, meticulosa por cierto, que cuida de mandar clientes á un fotógrafo que habita una buhardilla en terrenos por edificar, en el extremo de la calle de San Fernando, ó libros que revisar al funcionario del piso inferior. Jenkins, haciendo para sí semejantes reflexiones, sonrió de lástima, y luego entró de rondón en el piso, ateniéndose á la inscripción siguiente: «Adelante sin llamar.» ¡Ay! No se abusaba mucho del permiso... Un mozo alto, con anteojos, en ademán de escribir encima de una mesita, con una manta de viaje arrollada á las piernas, se levantó precipitadamente para recibir al visitante, á quien su cortedad de vista no había permitido reconocer.

—Buenos días, Andrés... dijo el doctor tendiendo leal-

mente su mano, y dando algunos pasos hacia el joven.

—¡Señor Jenkins!

—Ya lo ves, siempre la misma bondad para contigo... Tu proceder para con nosotros, tu terquedad en vivir lejos de tus padres, imponían á mi dignidad una gran reserva; pero tu madre ha llorado... y aquí me tienes.

Y mientras hablaba recorría con la mirada el reducido aposento, las paredes destartaladas, los muebles escasos, la máquina fotográfica completamente nueva, la pequeña estufa á la prusiana, nueva también y virgen de lumbre, iluminado todo téticamente por la luz vertical que caía del techo de vidrio. La cara flaca, la barba rala del joven, á quien el color claro de los ojos, la escasa altura de la frente y los cabellos largos y rubios echados atrás daban el aspecto de un iluminado, todo se acentuaba con la crudeza de aquella luz, hasta la salvaje energía de su mirada límpida, que se clavaba friamente en Jenkins y oponía de antemano á todos sus razonamientos, á todas sus protestas, una resistencia inquebrantable.

Pero el bueno de Jenkins se hacía el desentendido.

—Lo sabes perfectamente, querido Andrés... Desde el día que casé con tu madre, que te considero como hijo mío. Pensaba dejarte mi despacho, mi clientela; sentar tu pie en un estribo dorado, satisfecho de verte seguir una carrera consagrada al bien de la humanidad... De pronto, sin decir por qué, sin preocuparte por el efecto que semejante ruptura podía producir á la vista de las gentes, te has apartado de nosotros, has dejado tus estudios, renunciado á tu porvenir, para entregarte á no sé qué especie de vida extravagante, para tomar un oficio ridículo, refugio y pretexto de todos los desheredados.

—Tengo este oficio para vivir... Es un modo como otro de ganarse la vida en expectativa de otro mejor.

—¿En expectativa de qué? ¿de la gloria literaria?

Y miraba desdeñosamente los grabados esparcidos por encima de la mesa.

—Es que todo eso no es serio, y he aquí lo que vengo á decirte: se te viene á la mano una buena ocasión, una puerta abierta de par en par al porvenir... Está fundada la obra de Bethlehem... El mejor de mis ensueños humani-

tarios ha tomado cuerpo... Acabamos de comprar una soberbia quinta en Nanterre para instalar nuestro primer establecimiento... He pensado en ti, como en otro yo, para confiarte la dirección, la inspección superior de la casa. Una habitación de príncipe, sueldo de jefe de división, y el placer de prestar un servicio á la gran familia humana... Una palabra no más, y te llevo á casa del Nabab, á casa del hombre de gran corazón que costea los gastos de nuestra empresa... ¿Aceptas?

—No; contestó el interpelado tan secamente que Jenkins llegó á perder su aplomo.

—No me sorprende... Esperaba esta negativa; pero así y todo, he venido. Mi lema es: «Haz bien sin esperanza». Quiero ser fiel á mi lema... Así, pues, quedamos entendidos... prefieres á la existencia honrada, positiva, que vengo á ofrecerte, una vida azarosa y sin dignidad...

Andrés no respondió, pero su silencio hablaba por él.

—Considéralo bien... No ignoras las consecuencias de esta decisión: un alejamiento definitivo; á bien que tal ha sido siempre tu deseo... No hay que decir, prosiguió Jenkins, que acabar conmigo es romper también con tu madre. Ella y yo no somos más que uno.

El joven palideció, vaciló un momento; luego, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Si mi madre quiere venir aquí á verme, me dará el mayor de los gustos... Pero mi resolución de salir de vuestra casa, de no tener con vos nada de común, es irrevocable.

—¿Podré á lo menos saber por qué?

El interpelado hizo un signo negativo.

Aquel mutismo produjo en el irlandés un verdadero arrebató de cólera. Su rostro tomó un aspecto sardónico, feroz, que hubiera dejado asombrados á los que no conocían más que al leal y bondadoso Jenkins; pero se guardó muy bien de dar un paso más en busca de una explicación que tal vez temía tanto como deseaba.

—Quedad con Dios, dijo al transponer el umbral, volviendo á medias la cabeza... Y nunca más os acordéis de nosotros.

—Está muy bien... contestó su hijastro en tono resuelto.

Esta vez, cuando el doctor hubo dicho á Joë: «Plaza Vendôme», el caballo, como si hubiese comprendido que era cuestión de ir á casa del Nabab, agitó con orgullo su reluciente barbada, y el cupé partió escapado, convertido en sol cada uno de los ejes de sus ruedas...

—¡Venir tan lejos á buscar una acogida semejante! ¡Una celebridad de la época tratada de tal suerte por ese bohemio! Luego desvivios por hacer bien...

Jenkins dió suelta á su enojo en un largo monólogo todo él por ese estilo: luego, poniéndose de repente sobre sí:

—¡Ah! ¡bah!...

Al llegar á la acera de la plaza Vendôme no quedaba en su semblante el más leve rastro de su preocupación. Era la hora del mediodía. Descorrido el velo de bruma en que se escondiera, el París lujoso, despierto y en pie, comenzaba su vertiginosa jornada. Los escaparates de la calle de la Paz resplandecían. Los palacios de la plaza parecían ponerse en orgullosa fila para las recepciones de la tarde, y en el fondo, al extremo de la calle de Castiglione, orlada de blancos pórticos, las Tullerías, á la diáfana luz de un sol de invierno, erguían sobre el fondo marchito de la vegetación sus estatuas que el frío sonrobaba y hacia tiritar.

